

IMÁGENES PARA LA TORMENTA

Roberto Burgos Cantor

En los primeros tiempos era el mar.

Como nadie puede determinar el sitio de su nacimiento termina por conformarse con el que le cupo en suerte, o en desgracia. Lo dignifica o lo desprecia. Lo rechaza o se aferra a él. Huye, vuelve, da vueltas. Termina por entender que no tiene otro. Se envilece de ausencia o adquiere la belleza serena de las nostalgias. En lo irremediable se esconde el rostro más paciente de la realidad. El mundo aparece sin nombres.

¿Serán recuperables las primeras sensaciones? ¿Los inicios de la forma? ¿La oscuridad o la luz primigenias? ¿Dónde estarán?

Monedas para pagar deseos no concedidos se hunden en un pozo sin fondo.

Se tiene lo que se sabe y también los anuncios misteriosos de aquello que todavía no se sabe. La memoria es un saber: da cuenta de aquello que no vemos pero está. Enseña a ver con otra mirada. A lo mejor deforma y perpetúa, es una manera de mantener viva la forma.

La imaginación es un saber: reconstruye con las huellas encontradas.

Y preserva.

¿Podré saber cómo se incorporaron a lo que voy siendo aquellos tomates rojos de jugosidad salina que mordía mi madre, a la luz limpia y reciente de la mañana temprana, con los ojos inmersos en el brillo enamorado de la primera maternidad, confiada en el porvenir por las protecciones del amor, en el patio de una casa de aljibe y pretil alto, en la población de Turbaco, mientras repite el verso de Rubén Darío de la princesa que he buscado y no te hallé y piensa que está por pasar el tren que sigue a la estación del pueblo de río de Calamar?

O nada se incorpora y los seres apenas desentrañamos señales entrevistas con la compasiva lejanía de quien mira una foto y le muestran rostros que ya no están, que apenas son esas imágenes y las palabras que los refieren.

¿Cómo se construye la historia: la que precede y está silenciosa en el acto heroico, en la cobardía estruendosa, en el rastro leve de las tentativas, la que se quedó sin monumento y sin fechas, acaso sin testigos?

Sin preguntas abrí los ojos: Así fue que yo pude ver.

Abrí los ojos.

Se está ahí como el mamey que cae de noche a la tierra de las ramas elevadas del árbol. O la flor del mango arrancada de las ramas por los vientos. Se está ahí desprendido pero aún aferrándose.

Abrí los ojos.

El mundo es más que luz. Se apoza en la piel. Esparce su aroma. Una especie de rumor acompaña al silencio. Un sedimento nuevo se arruma en los labios y pone sabor a la saliva, se confunde con ella. Desde ya marcará por siempre los besos. Y poco a poco el oído distingue entre el rumor y el silencio otros arrullos.

Sé es ya extranjero, me pregunto hoy, un foráneo de sí, un peregrino de visiones. Sin nombres y sin palabras lloro. Antiguo lenguaje de las plegarias el llanto anuncia un deseo.

Con los años, en medio de los caminos y con la brújula interferida por los magnetismos que anuncian otras rutas, se aprende a cerrar los ojos para buscar los restos de aquello que estuvo la primera vez que se abrieron. Como si la casa del caracol se levantara adentro, inundando el laberinto y creciera con la sustancia secreta de una memoria que destila sin pausa y ancla en un refugio donde se esconde el espejo.

Abrí los ojos y vi lo que vi la primera vez que recuerdo que vi.

¿Será el escritor un buceador de naufragios, un mago que desencanta la realidad para mostrar adentro de su espejismo el horror o la belleza que la habita? Intranquilizador de acomodados mira lo que mira y cuenta.

Abrí los ojos.

Desenvuelvo mi vacío dispuesto y atrapo las visiones sin esfuerzo. Están ahí.

El espacio es amplio: Un cuadrado se enmarca en corredores de baldosas con una flor pintada. Son ocres y negras. Las columnas labradas con estrías sostienen los aleros altos del techo. A un lado está la cocina y al extremo la alberca. Al otro, el garaje y la habitación de la servidumbre. El lado por el cual se sale de la casa, entre el corredor y el patio, tiene una zanja estrecha, bordeada por un muro bajo, y rellena de tierra negra, donde están sembradas las plantas: capachos, corales, rocío de oro.

El patio está cerrado por un portón de doble hoja de madera cansada y bisagras, cerrojos y aldabas cubiertos por la lepra del óxido. Su aguaza se desliza por la superficie vegetal que la absorbe.

Cada mañana el mismo rumor que me llevó al sueño y se metió en él está, incansable, como un eco del mundo. Habita aquí. Es parte del silencio. O el silencio será este gemido siempre ahí, lejano, que trae ruidos de voces, estallidos de agua, incesante lamer, golpear, cavar, danzar, subir, bajar, expulsar, perder.

¿De dónde viene?

Entonces la voz que me habla desde el principio de las voces, desde antes del oído, la voz que sabe llamar al sueño como obediente animal domesticado, y que conoce la manera de despedirlo sin sobresaltos, la voz, advierte que no deje la cama. Esta vez los ritos del despertar, apenas acuñados, la lenta iniciación a lo otro, los ojos que recorren

con la calma avariciosa de faro en la oscuridad, ese poblamiento de frontera a la cual todavía no sé si pertenezco, se trastornan. Un ritmo distinto se apodera de los seres.

La mujer que me rescata de la cama, de piel morena y suave, me lleva a horcajadas en su cintura. Primer tallo al que trepo. Ha hecho con el vuelo de su falda un nudo encima de las rodillas. Tiene ese olor que después encontraré tantas veces. Su caminar ahora es distinto. Me lleva al patio.

Abrí los ojos.

Esplendor desordenado de la luz. Las viejas paredes. Las ventanas trabadas. Las bisagras y los cerrojos vueltos polvo mineral. La piel lamida por el aliento nocturno. La piedra informe que sostiene las puertas empujadas por el viento. Las sombras de la llama azulosa, rojiza del carbón en la cocina. Un graznido en algún techo vecino. Todo en esa luz que más que iluminar, que más que ahuyentar sombras, arroja al mundo. La luz fuerte, metálica, impenetrable, es el nicho de las cosas. Aparto los ojos y los refugio en el cabello negro y largo de la mujer morena. Otra vez el olor. La tentación de la luz permanece.

Abrí los ojos.

Cada mañana esa luz durante los veranos largos sin lluvias. Luz sin clemencia, recién hecha, que anuncia cada vez las bellezas y las miserias sin ocultar nada.

La voz dice: el mar se metió.

Desde el portón del patio un agua densa y gris con remolinos de espuma blanca, sucia, se mece, golpetea contra los muros, alcanza las primeras hojas de las plantas y sigue ampliando su imperio de elemento ambicioso. Se extiende por las habitaciones y lame las patas de los muebles en el comedor y la sala. En un rincón el piano gime solo: acordes de la humedad.

Así fue que yo pude ver.

Sacar el agua. Achicar. Baldes, ollas, escobas y esas mujeres, incluyendo a la de la voz, con las faldas recogidas hacia la cintura sacando el agua que parece no salir. ¿A dónde podría botarse esta agua ahora que se extendió su dominio y cubre la tierra y lo construido sobre la tierra?

Poco a poco, empujándolo como una carreta varada abren el portón. ¿Con que el mundo es más grande que estos pequeños fragmentos de visiones desordenadas?

El malecón y sus enormes rocas porosas sobresale del agua metida por todas partes. La luz y el agua hacen brillar la piedra que resume espumas. Una inmensa superficie irizada desborda lo que la vista alcanza. La mujer morena que me sostiene con un gesto me muestra este territorio. Un aire tibio arrastra olores desconocidos.

Lo imposible aparece. El movimiento de las mujeres, ese día que pude ver, ese subir y bajar de danza con el agua y el viento, esa ligereza de los brazos, la torsión ágil de la

cintura, terminan por retirar la inundación. El patio y los pisos de la casa quedan cubiertos por una arena fina que se seca con rapidez. En las flores abombadas y mustias de los capachos los cangrejos mordisquean. Por las paredes se mueven lentos los caracoles. Algunos se deslizan por la luna del espejo de la sala.

La mujer morena va conmigo a la mitad del patio. Descalza sobre la arena reciente, apartando con los pies las estrellas de mar que comienzan a resecarse, cuidando de no pisar la masa ya opaca de las medusas con los filamentos arruinados, se pone a cantar.

La voz dice. La voz le dice: Niña y eso qué es, el mar vuelve loca a la gente.

Inmovilidad de la luz. Persistencia del rumor. Retorno de los objetos extraviados a su sitio. El malecón es otra vez dique y límite. Olas pequeñas revientan contra las rocas. La brisa permanece. Una bandada de pájaros grises vuela a ras del agua.

Así se anunció el mundo. Así vi. Imágenes sin explicaciones que tatuaron los ojos y fundaron los elementos del mundo. Determinaron con fuerza la presencia de lo humano. Mucho antes de aprender la lectura de la letra. De leer las cosmogonías de un mundo de palabras, de tierra, de aguas, de viento.

Mi primera salida al mundo fue por el malecón. Los pasos que exploraron las calles debieron agotar esa franja. Se caminaba entre el rocío del agua salada y ese rumor sin pausa, rugido al cielo, y los vientos marinos que se llevaban las palabras y traían otras. ¿Cuántas veces recorrí esa franja de tierra, desde la fortificación de las Bóvedas, hasta abrirse al arenal de Marbella?

Entonces aprendí a caminar en la sordera del rugido y en la ceguera de la luz entre las voces dirigidas a nadie y a todos. Caminar.

Todas las casas tenían el patio o la puerta de atrás hacia el mar. Unas pocas eran de dos plantas con balcón. Era una estrecha franja sobre la cual se levantaban las viviendas. En la parte de atrás el malecón, y en la parte de adelante la calle Real. El malecón, piedra, tierra, y huecos de cangrejos. La Calle Real, pavimento agrietado con losas hundidas por el peso de las inundaciones, de los buses y camiones.

Era un conjunto de construcciones diversas, sin estilo definido, y levantadas por el gusto personal de los propietarios. Una combinación de orígenes, hábitos y economías distintas. Casas pequeñas, medianas y grandes. Casas de material, casas de madera, casas remendadas. Sólo había un solar enmontado con higueteras, y la enramada invasiva de la verdolaga. Era el dominio de Agripina, una negra robusta y constante que ponía cada amanecer una mesa y un fogón para ofrecer las variedades de los fritos. En la noche era el reino de los cangrejos, de las ratas de mar y de los amantes urgidos que buscaban la misericordia de una pared, el asilo protector de los arbustos, las sombras y el estruendo del silencio marino que disimulaba el lenguaje del deseo, sus altos tonos imprevistos para ahuyentar el miedo.

El malecón fue la primera vivencia de un mundo de oficios diversos, de desigualdades, pero sin compartimientos estancos. El mar en el cual ocurrieron las hazañas de los navegantes; los intrépidos despojos de la piratería; los crueles desplazamientos forzados, era ahora la presencia cotidiana de las inundaciones del mar de leva o su aliento incansable de salitre deshaciendo los metales y arruinando los muros. Ahora nadie avistaba con astuta expectativa el paso de las armadas con cargamentos de plata y oro. Encima de las rocas del tajamar, los pescadores que habían madrugado, antes que la ebullición de la luz calentara el aire, recogían sus cordeles, guardaban los anzuelos y contrapesos, echaban a los cangrejos los restos de la carnada, y organizaban el resultado de la pesca. Mojarras y pargos. Sábalo y jureles. Róbalos y meros. Todavía ahí con el temblor de la agonía, la señal inútil de las agallas. En las piedras quedaba la sangre de los sábalo que tenían que arponear para que no se escaparan y remataban con un golpe certero del garrote de madera.

En el malecón estaba la casa del señor Giacometti.

Abrí los ojos.

Así vi.

Tantos misterios de la iniciación. Entre la belleza y el significado se abre el mundo, se reconocen los ojos, se integran las fronteras. ¿Soy de eso? me pregunto.

La casa de Giacometti tenía un zaguán corto y se podía llegar a ella sin ojos porque desde antes enrarecía el olor de siempre, el olor de siglos, con un aroma penetrante y extraño. Desde la entrada trasera se veía el enorme mesón atiborrado de herramientas, hilos, frascos, algodones y un sinnúmero de animales de mar, de animales de tierra y de animales de aire que parecían vivos. En la paredes colgaban de alambres oxidados guacamayas y micos, un pez vela, pulpos, estrellas de mar y tortugas de carey. El perfume asfixiante era el del formol que utilizaba en su labor incansable de taxidermia y embalsamador. Compraba de todo: jaibas, iguanas, hormigas, maría mulatas, rayas, langostas, caracoles. Las veces que visité su reino de animales muertos, despojados de su naturaleza y propuestos ahora como adornos, me impresionaron las uñas del embalsamador manchadas por el formol y los barnices y tintes de su trabajo.

Quizá en el señor Giacometti y en su dedicación silenciosa a una labor sin destino se escondía algún guiño de las simultaneidades del mundo, de sus consonancias y señales persistentes, de lo que sólo el azar o el arte revela, comunica. ¿Cuántos años pasarían para acercarme al Kunsthalle de Viena y encontrar las figuras de bronce como trabajadas por el ritmo del oleaje, por la herrumbre, al borde de una forma que se busca en el movimiento, de Alberto Giacometti?

El señor Giacometti, del malecón, no diluía la forma, la preservaba en su naturaleza ahora muerta con el brillo extraño y fijo de los ojos de cristal o de semillas pulidas.

En el malecón estaba la casa del gobernante.

El antejardín de la entrada principal estaba tan enmontado y las plantas cubiertas de arena como el patio con los árboles de caucho y almendros por cuyas ramas se deslizaban los micos y las guacamayas que escapaban de los patios del vecindario y se metían al follaje de iguanas y camaleones.

El gobernante era autor de una Constitución Política. ¿Serán las Constituciones la poética del mando? Inventor de un orden, creyente del poder de la letra, escribía en esta casa poemas. Desdeñó el logro de la política, el poder, para buscar en la poesía la esquiva ilusión de la libertad.

Ahí esta la casa de ese hombre quien encarnó como pocos los misterios del poder en su doble rostro contradictorio, arrasador, imprevisible. Frente a los cables de la energía eléctrica, vencidos por los ventarrones, húmedos de la salinidad, cuelga y avanza un perico-ligero. Llamen de esta manera a ese animal de pelambre gruesa y cara escondida y de una lentitud más inalcanzable que la de la tortuga. Y aquí aprendí a oír.

Así fue que aprendí a oír.

Designación de lo visible. Revelación de las palabras. Sentidos y paradojas.

Después de las canciones de la mujer morena aparecen nombres. ¿Qué quiere decir que a este animal de lentitud casi inmóvil se le nombre con una palabra que dice lo contrario: ligero?

Curiosa circunstancia que en el aire, enfrente de la casa del gobernante, el perico ligero se convierta en símbolo de algo que el poder también es: su afirmación y su contrario. Como el mar, me arranca de la playa y me devuelve.

En esta estrecha franja de tierra entre el mar y las casas esta el mundo, su abigarrada manifestación, su diversidad infinita.

Abrí los ojos.

Los sobrinos, hijos, amigos de Agripina son varios. Recorren el malecón con la algarabía de sus voces. Ofrecen las empanadas de maíz, los buñuelos de fríjol, las carimañolas. Las llevan en palanganas de aluminio cubiertas con papel de estraza sostenido por una piedra de coral para resistir el viento matutino y constante del mar. El rocío de las olas se pega y forma una capa brillante en la piel de los niños que apenas se visten con pantalones cortos y deshilachados de dril.

Les presto mi bicicleta con ruedas auxiliares para el equilibrio y ellos me prestan los fritos. No sé cantar y camino en silencio con la bandeja en el hombro. Mal vendedor de fritos reitero la solución a una duda de identidad sin consecuencias. ¿Ver para dudar? me preguntó. ¿Se cree en lo que se ve?

La duda de identidad había surgido cuando la voz me relató el malentendido después de mi nacimiento. Había dudado, por días, en abandonar el recinto de la madre. Me sacaron a jalones. Ello ocurría en una clínica levantada en la cúspide de una colina baja desde la cual se veía, por un lado el mar, y por el otro los islotes de mangles y los canales de agua quieta de las ciénegas. En sus corredores amplios, protegidos de la solanera por la sombra de los árboles, dormían los pájaros y un loco manso de abundantes pensamientos que escribía con un lápiz en pedacitos de papel rayado.

Una mañana de claridad uniforme las enfermeras le llevaron a mi madre, exhausta pero con las fuerzas de la alegría multiplicadas, un recién nacido, envuelto en los aromas del agua tibia de hinojos con que lo habían limpiado, y salpicada la piel con polvos de boro. Sin dudarlo, ella no extendió los brazos y afirmó con amable certeza: Ese no es el mío.

En la pieza de al lado cantaba, con el vozarrón solitario de vaquería de un rebaño desperdigado, un hombre pelirrojo de blancura de loza y pecas como semillas de marañón. Cantaba en su lengua de una tierra de vinos de cuerpo, ásperos y un río inacabable. Había venido desde la Yugoslavia. Instaló un taller de zapatería y la prosperidad lo acompañaba.

El niño que presentaron a mi madre era el hijo del zapatero. Y con los años ella reforzó su intuición filial con el argumento de que si yo fuera el hijo del yugoslavo ostentaría una visión y capacidad comerciales dignas de admirar.

Esa incertidumbre que me llevó a considerar si acaso yo era el otro y me preparó desde esos días, sin resistencias para lo amoroso, a una concepción del otro o de lo otro. Como si uno no fuera uno sin el otro, sin lo otro. Y lo otro no era motivo de miedo, ni de rechazo, apenas curiosidad y deseo de conocimiento. Un conocimiento cuya vía era el amor.

Tuve ocasión de saberlo la tarde de brisas quietas en que la hicotea se había salido de la alberca y sonaban los picotazos en el laberinto de su caparazón de unos alcatraces que, con el rumbo desorientado, arrastraban las alas pesadas en el patio. La soledumbre de la casa se había revuelto con la luz apacible que escapaba por el horizonte. La mujer morena me llevó de la mano al rincón de la alcoba grande y con facilidad de bailarina se quitó su falda y en cuclillas me guió con segura ternura al puerto que abría entre sus muslos. Entreví la medusa oscura, la piel lisa y firme y tibia que me aprisionaba y con otro movimiento de ensalmo se deshizo de la camisa, su camisa de rumbera con encajes, y apareció su torso, los pechos espléndidos en cuyas laderas seguí oyendo el rumor desatado del mar, el golpeteo de caracol de su corazón agitado y un deseo nuevo, un hambre distinta. Gozoso conocimiento por el amor que ponía la belleza en todos los espejos de la casa hasta reventarlos.

De la incertidumbre a las exploraciones. El malecón entrega sus sentidos.

Así fue que yo pude ver.

Frente al mar, a la hora de la fresca, el hombre saca de su casa la mesa de planchar. Aprieta entre sus labios agujas, hilos. Vino de alguna de las islas a donde llegaron sus parientes desde la India. Corta las telas. Cose los trajes. Plancha. Su cabeza no tiene cabellos. Apenas una leve mota de canas a los lados, encima de las orejas. Este hombre plancha. Dignidad de los oficios. Nadie se burla de ese hacer que también es trabajo de las mujeres del malecón.

¿Qué nace aquí?

Elemental sentimiento de la igualdad que conduce al respeto.

Abandonó el malecón y me adentro en el territorio de arenales y ciénegas, espacio de tormentas, sin huellas, propicio al extravío, esquivo a los encuentros.

Abrí los ojos.

Con que esto somos.

La escritura rescata. Un presente invisible oprime. La imaginación dignifica la imposibilidad de la vida, de esta vida. El mar cubre la historia y una continua escollera de ruinas llega hasta estas orillas.

Detenidos aquí, antiguas y largas migraciones siguen su curso en la sangre.

El malecón es cubierto por el mar.

Persistencia de las imágenes.

¿Qué queda?

El impulso perpetuo de las refundaciones. La reconstrucción de la totalidad como un deseo legítimo de vida. Un canto que oponer a la discriminación. Un modo que estamos aún en proceso de fundir.

La historia revela una naturaleza y unos seres cuya digna persistencia supera cualquier miseria, todo oprobio. Nuevo palenque de viejas resistencias, contra las pestes del hambre y la necesidad. No sirve la nostalgia, ni las trampas de una identidad ausente. Se es lo que se es y ese reconocimiento predispone al porvenir y lo inmiscuye en el presente. Este amplio presente hecho de tantas ausencias y desapariciones. La escritura nombra para poder conocer y comunicarse. La forma más despreciable de la dominación consiste en doblegar al ser, en no oponerse, en aceptar ser como nos ven sin conocernos. Nombrar: tarea humana aprendida de la divinidad. Nombrar.

Así fue que yo pude ver.